

Omar Lara y la poesía de la sobriedad¹

Edson Faúndez V.

Universidad de Concepción

La Tierra Prometida es lo que toda antología pareciera significar: un texto, al decir de Claudio Guillén, “crítico-histórico” (*Múltiples moradas. Ensayo de literatura comparada*. Barcelona, Tusquets, 1998) que se articula sobre la base de inclusiones y exclusiones, y que tiene el poder de transformar los textos seleccionados en “canónicos, representativos o ejemplares, paradigmáticos, modélicos o normativos” (García Morales, Alfonso. “Introducción”, en: *Los museos de la poesía*. Sevilla, Ediciones Alfar, 2007: 25). Pero *La Tierra Prometida* es también un ejercicio de reescritura en el que los poemas murmuran en un nuevo conjunto que se orienta hacia el incierto futuro. El dialogismo se instala, por cierto, en la génesis misma del libro, pues la escritura de la “engañosa huella” del alma del poeta surge a partir del diálogo que el autor establece con su obra, es decir, consigo mismo y con lo otro que lo habita.

En la escritura de Omar Lara, singularizada, entre otros aspectos, por la presencia de las “huellas del viaje, del amor, del ser, de la amistad y el exilio” (Mario Rodríguez. “La galaxia poética latinoamericana. 2ª mitad del siglo XX”, en: *Acta literaria*, Nº 27, 2002: 106), encuentran cobijo las apariencias más expuestas al olvido, tal vez porque el poeta, aunque sabe que todas las apariencias se encaminan hacia la desaparición, insiste en aferrarse a ellas, cantando, como lo hace Lara en “Habitantes”, su esplendor y su ruina: “El caballero huye de su destino // Incluso las hojas de esta madrugada / caerán fatalmente / al pasto húmedo o al cemento / y los automóviles arrasarán con ellos / a primera hora / a altas velocidades”. Los bloques de infancia que se actualizan en la poesía del autor de *Voces de Portocaliu* (2003) constituyen una de las estrategias básicas para intentar conjurar las apariencias que reclama el olvido: “Me vi corriendo sobre el pasto / entre las margaritas de Imperial / bajo álamos y eucaliptos. / Miro esta tarde que perdí, / robábamos frutas en las

¹ “Prólogo” para la antología poética *La tierra prometida* (en prensa).

quintas / apedreábamos el aire / nos revolcábamos en el trigo” (“Miro esta tarde que perdí”). La proliferación de los bloques de infancia y los devenires niño ha servido a la crítica especializada para caracterizar la poesía de uno de los más sugerentes poetas latinoamericanos de la actualidad como escritura del lar. El rostro del lar, empero, es uno de los múltiples rostros de una poesía en que la memoria opera básicamente como un pasaje que permite superar los límites, deshacer los binarismos y desplegar estados siempre actuales en los que el sujeto se vincula con lo otro. Sobre la emergencia de lo otro y sus sentidos tratan estas palabras.

La organización binaria se fractura en el poema. Los binarismos humano-animal, adulto-niño, macho-hembra, objetividad-subjetividad, pasión-razón, vida-muerte, normalidad-anormalidad no gobiernan una escritura en la que se produce la reunión de los irreductibles contrarios. La síntesis de heterogéneos pone en relación al sujeto con la diferencia al punto que experimenta la pérdida del rostro asignado en la red social. El arribo al poema exige, por lo mismo, el despojamiento: “Me despojo de ropa / de papeles / sobre escamas recientes / me despojo buscándote” (“Serpientes”). La unidad y homogeneidad del sujeto desaparece, por lo que éste sólo puede imaginarse como un lugar móvil y vacío que fluye entre la realidad y la irrealidad, la claridad y la oscuridad, la enfermedad y la salud. ¿Pero qué encuentra quien acepta el despojamiento como exigencia irrecusable de la obra? Pareciera ser que Lara descubre los rostros del otro: el niño, la mujer, el lobo, el buitre, etc. Ellos contagian y transfiguran al poeta hasta convertirlo en un verdadero acontecimiento de lo otro que sólo espera aquello que está por venir: el amor, la memoria, la ternura, la justicia, la piedad, los paisajes de Portocaliu, el incalculable porvenir.

La imagen resultante del perturbador encuentro con lo otro se actualiza en el contexto de la efervescencia de la “vida pequeña”. La visión de esa “vida pequeña” es lo que le permite escribir a Gilberto Triviños en el prólogo a *La nueva frontera* que la poesía de Lara cifra “la resistencia contra ‘el olvido y la desmemoria’ en la época de la hipertrofia del presente. Olvido cuyo contrario, ya lo sabemos, no es la memoria *sensu strictu*, sino la justicia” (“No tan pronto, al menos”, en: Omar Lara. *La nueva frontera*. Concepción, Editorial Universidad de Concepción, 2007: 15). Es precisamente la presencia de lo diminuto en la

escritura poética lo que evidencia con más intensidad la lucha contra el olvido y la injusticia. Algo inquietante, en este sentido, sugieren tres versos de “He aquí un bello naufragio”: “Tiro las redes, he capturado un pececito, se debate. / Soy tuyo, me dice cuando logra tranquilizarse, / responderás de mí”. El diminutivo “pececito” evidencia la opción estética por la “vida pequeña”, mientras que la replica del pececito fractura por completo la individualidad del sujeto e impone una responsabilidad ética al poeta. El poeta es responsable del otro que ya no es exterior a él, sino uno más de los huracanados rostros que lo habitan. A esta fuerza que comunica los rostros desnudos Emmanuel Levinas la denomina “la idea de Lo Infinito”. Precisamente, la responsabilidad ineludible que surge del encuentro con el otro y es anterior incluso a la idea de libertad es una de las figuraciones más revulsivas de lo Infinito. Lo inefable e incomunicable de la escritura de Omar Lara, su secreto mismo, es “una responsabilidad anterior a todo compromiso libre”, “responsabilidad que no ha elegido, pero a la cual no puede sustraerse, cerrándose en sí mismo” (Emmanuel Levinas. *Humanismo de otro hombre*. México, D. F., Siglo Veintiuno Editores, 2006: 99 y 97). Elías Canetti ha expresado con profundidad y belleza lo que Lara en clave poética pareciera invitarnos a reflexionar: “No puede ser tarea del escritor dejar a la humanidad en los brazos de la muerte. Consternado, experimentará en mucha gente el creciente poderío de ésta: él, que no se cierra a nadie. Aunque esta empresa parezca inútil a todos, él permanecerá siempre activo y jamás capitulará, bajo ninguna circunstancia.” (*La conciencia de las palabras*. México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1995: 363).

La estética de lo diminuto, sin embargo, no sólo es perceptible en el ámbito de las nupcias escandalosas con la diferencia. Ella incide también en la configuración de una lengua poética que procura exorcizar las consignas del lenguaje –órdenes y mandatos- que, como advierten Deleuze y Guattari, constituyen verdaderas “sentencias de muerte” (*Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia, Pre-Textos, 1997: 82). Lara intenta superar la misma muerte inscrita en el lenguaje recurriendo a un uso personal y libre del lenguaje. Para conseguir esto “poda su discurso hasta lograr que su estructura poética descansa más en sus pausas que en sus aserciones” (Fernando Alegría. *Poesía chilena en el siglo XX*. Concepción, Ediciones LAR, 2007: 329); así mismo, suprime en algunos poemas los títulos o los signos de puntuación y

emplea -entre otros recursos- diminutivos, paréntesis, encabalgamientos bruscos, paralelismos sintácticos, iteraciones. De ese modo va liberando al lenguaje de las consignas de muerte hasta conducirlo, siempre sobre la base de la sobriedad, hacia el territorio imaginario en donde la vida se intensifica. La enunciación de las pequeñas y oscuras vidas permite que el poema mismo se transfigure en “un acontecimiento de enunciación colectivo y profundamente político” (Deleuze y Guattari. *Kafka, por una literatura menor*. Barcelona, Editorial Anagrama, 1998: 28-44). La lengua de Lara subvierte el imperio de lo “necesario” y lo “suficiente” hasta conseguir dejar “una engañosa huella” donde el verdadero deseo revolucionario es el hallazgo y el viaje irresistible hacia lo absolutamente Otro. Más allá de la “necesidad” y lo “suficiente”, la lengua poética abandona todo exceso verbal. Escribir contra “lo necesario” y “lo suficiente” es escribir, por consiguiente, contra la codificación y organización del deseo en la red social. Es el lenguaje de la sobriedad, la textualización de la “vida pequeña” y el encuentro con lo otro, lo que en definitiva permite al poeta decir: “¿la poesía para qué puede / servir sino para encontrarse? (“Encuentro en Portocaliu”). Encontrarse (con el otro) bajo el “sol amarillo como cáscara de / naranja” mirando “unos grandes pájaros con dos patas / larguísimas y picos en forma de corazón”: el sueño de la vida en Portocaliu.

¿Cómo articular un sentido sobre la base del efecto de sobriedad que logra la escritura del poeta que advierte que no subirá al “Gran Himalaya” donde los hombres “se vuelven dioses” (El Gran Himalaya)? La sobriedad de su poesía insinúa que a ella se accede mediante una retórica de la pobreza. Martin Heidegger señala que “Ser-pobre quiere decir: no carecer de nada, salvo de lo no necesario; no carecer de nada más que de lo Libre-liberante” (*La pobreza*. Buenos Aires – Madrid, Amorrortu Editores, 2006: 111). La retórica de la pobreza en la escritura de Lara, en realidad, revela lo mismo que descubre Heidegger en su lectura de unos versos de Hölderlin: el signo distintivo de la poesía no es la carencia. Y no es la carencia porque ésta “es preparada, organizada, en la producción social” (Deleuze y Guattari. *El Anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona, Ediciones Paidós, 1995: 35). El poeta aunque se presente “inválido”, “tullido y seco” (“Hotel de turistas”) no carece de nada, salvo de lo no necesario (lo que no está sujeto a la necesidad y la

coacción: lo Libre-liberante). Por ello puede empollar “un huevo nostálgico” (“El huevo nostálgico”) y viajar “hacia tu propio corazón” (“Círculos”).

Poeta mendicante, poeta “buitre”, que busca su alimento espiritual en los restos que caen de las mesas en que se desarrollan las inconmensurables bacanales del olvido: “Tú que eres razonablemente feliz / ¿has pensado en lo que nos espera? / Hay lugares que son sólo nombres / y otros / son sólo recuerdos / y nosotros buitres de los recuerdos. / He ahí esos despojos / un gesto / una sonrisa / el paso del tren frente al suave lomaje / un furtivo paseo por el pueblo natal después de tantos / años. / Algo queda. No es un festín / los huesos están roídos / casi pulverizados / pero puedes buscar bajo las piedras / o lamer el polvillo” (“Las horas del lobo”). Las pobreza del lenguaje y del poeta, en realidad, suponen riquezas increíbles: “así el ser pobre, en tanto no-carecer-de-nada, salvo de lo no-necesario, es en sí también ya el ser rico” (Martin Heidegger. Ob. cit.: 115). ¿Pero es posible figurar la riqueza inmanente al espacio literario que inventa Omar Lara? El poeta de la pobreza es, en realidad, el poeta de la sobreabundancia, del exceso, de la riqueza que reparte generosamente en imágenes al mundo. El tesoro más sagrado de su poesía tal vez se encuentre cifrado en “Sábado en Portocaliu”: “son muy extrañas esas cosas / que a veces tomamos por ciertas / y hay verdades aborrecibles / en el pozo de la memoria. // Son como vidrios empañados. // Pero alguien limpia los vidrios / del mirador que da a tus ojos / y atisbábamos o quisiéramos. // Y la noche se mira en nosotros / desvergonzadamente desnuda.” (“Sábado en Portocaliu”). ¿Qué reside en el “pozo de la memoria”? ¿Cuáles son esas “verdades aborrecibles”? Imposible sustraerse al poder de lo inefable –lo infinito/“la noche”- que nos conduce al otro y a la ética misma de la escritura de Lara. Imposible sustraerse a la responsabilidad que surge del deseo del Otro, el cual sólo nace en aquél “al que no le falta nada o, más exactamente, nace más allá de todo lo que puede faltarle o satisfacerle” (Emmanuel Levinas. Ob. cit.: 56). El encuentro de las miradas y los rostros desnudos de “Sábado en Portocaliu” revela la fuerza vital mediante la cual la existencia deja de ser absurda. La noche “desvergonzadamente desnuda” –la idea de lo Infinito- se apodera del poema y en el encuentro con el otro estallan las “verdades aborrecibles”: somos responsables ante el Otro... somos un soplo de lo infinito.

